

VILAR, Juan B.: *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*. Madrid, Síntesis, 2006; 495 pp.

En este libro Juan Bautista Vilar ofrece una síntesis elaborada sobre una ingente bibliografía sobre el tema de las emigraciones políticas, y responde con éxito al difícil reto que conlleva una visión global sobre el drama del exilio en los siglos XIX y XX. Además, incorpora los resultados de su propia investigación, la que aborda el destino que muchos españoles eligieron en los países del norte de África y en los Estados Unidos. Hasta ahora los estudiosos habían centrado sus trabajos en Iberoamérica y Europa. El interés del libro está asegurado de antemano, aunque el autor confiesa, humildemente, que se contentaría con que las casi quinientas páginas escritas tengan «un interés ante todo indicativo y orientativo».

La narración de las emigraciones políticas españolas está distribuida en doce capítulos, nueve de los cuales están dedicados al siglo XIX y tres al exilio republicano de la guerra civil. No es una división equilibrada pero esta lectora no sólo se ha beneficiado de ello sino que ha disfrutado del tratamiento dado a los contenidos del largo ochocientos. La madurez del historiador impregna las páginas de este libro, páginas que alcanzan valores literarios en muchos momentos. El autor nos describe los avatares de la emigración política desde la Revolución francesa y su incidencia en España hasta el gran éxodo forzoso de 1939. En los primeros capítulos, nos ilustra con historias de vida de muchos exiliados, a través de los cuales podemos seguir la coyuntura política nacional e internacional.

La obra se inicia con una amplia introducción, en la que se alude al contenido semántico de varios términos (emigrado, expatriado, refugiado, transterrado, o la voz más utilizada, exiliado), seguido de una lúcida consideración sobre el exilio como expresión de intolerancia política que se concreta en la evidencia de que «una emigración política vaya seguida de otra de signo opuesto». Pero también se aprecia en la desconfianza o rechazo que sentían los emigrados políticos cuando el regreso era posible. Interesante es el epígrafe dedicado a los efectos renovadores y modernizadores del exilio, ya que parte de la premisa de que el español, poco viajero o poco curioso, se convirtió en viajero por necesidad a raíz de los cambios

políticos que se sucedieron en España, lo cuales culminaban siempre en la exclusión, una exclusión que era tanto de hombres como de mujeres, a pesar de los pocos testimonios que se conservan de ellas. Quizá por eso el autor se recrea en Teresa Cabarrús, a la que denomina «una española posmoderna en la Francia revolucionaria». Esta historia de vida y, sobre todo, la del polígrafo José Marchena y su entorno constituyen el grueso de los contenidos del primer capítulo, una mirada exhaustiva sobre los primeros emigrados políticos que incluye estimaciones del número de efectivos.

El exilio de 1808-1814 es acometido en el segundo capítulo, desde el destierro de la familia real española, de Godoy, de sus colaboradores, a los deportados y refugiados de a pie a lo largo de la guerra de la Independencia. El éxodo de los afrancesados y colaboradores del rey José, una emigración formada por una parte importante de los cuadros intelectuales del momento, se analiza en el capítulo tercero. Según el autor, estos emigrados tuvieron un papel importante en la reforma político-administrativa que caracterizó la transición del Antiguo Régimen al liberalismo.

Las represiones absolutistas fernandinas en 1814-1820 y 1823-1833, y la de signo contrario durante el Trienio constitucional de 1820-1823, son analizadas en los capítulos cuarto y quinto. Tras considerar los principales países elegidos por los exiliados (Francia y su colonia de Argelia, Gran Bretaña y otros países europeos), el autor otorga especial atención a Estados Unidos, por ser hasta ahora el menos estudiado. La emigración española a la América anglosajona no fue tan numerosa como en Gran Bretaña. De hecho, muchos españoles reemigraron desde los puertos británicos buscando mejores incentivos económicos y motivaciones políticas. Uno de los principales puntos de destino fue Nueva Orleans, una ciudad «que fue siempre más española que francesa». Allí se refugió, por ejemplo, el famoso Eugenio de Avinareta, a quien Baroja dedicó una biografía. Nueva York, Filadelfia o Baltimore también acogieron a liberales españoles e, incluso en esa ciudad, llegaron a ayudarlos económicamente. Se trata de un exilio «elitista», personas muy preparadas que ejercieron una gran difusión de la cultura y la lengua españolas y promovieron la primera prensa en español en los Estados Unidos. Uno de los intelectuales de mayor proyección literaria fue Félix Mejía que residió en Filadelfia. Cuando estos emigrados cultos y expertos en negocios regresaron, influyeron en el proceso modernizador español.

Juan Bautista Vilar es un reconocido especialista en el siglo XIX, y sobre todo de la etapa isabelina. Los capítulos sexto y séptimo se ocupan de las emigraciones producidas durante esos años, la emigración carlista, y la de sus reyes, sin olvidar los sucesivos exilios liberales de los cuadros de los partidos moderado, progresista y unionista, fruto de las luchas partidistas que caracterizaron la inestabilidad política que sustentaba el trono de Isabel II. Páginas muy ilustrativas son las que dedica al exilio de los extranjeros que combatieron tanto en el bando carlista como isabelino durante esa guerra civil, una intervención extranjera que prefigura la que se produciría cien años después durante la guerra civil de 1936-1939. La Legión Extranjera acantonada en las dependencias francesas del norte de África fue destino preferido por mucho carlistas llegados a Argel y Orán desde el territorio

español. Brillante es el epígrafe que dedica a María Cristina de Borbón en París y la compleja trama para derribar a Espartero. Con una prosa muy cuidada, Vilar muestra su destreza en la descripción de personajes históricos en el exilio, como los dos Ramones, Cabrera y Narváez. La intolerancia de signo religioso produjo también sus exiliados, como ocurrió con los evangélicos españoles expulsados en 1863. El exilio de la reina Isabel II, del que se da extensa y minuciosa información, cierra el capítulo séptimo. En una próxima edición, quizá el autor debería liberar el texto de anécdotas prescindibles, aquéllas que se refieren a algunos miembros de la familia real.

Los dos capítulos siguientes muestran una dilatada etapa, la comprendida entre 1868, el Sexenio democrático, y 1936, año de inicio de la guerra civil. La intensidad política del Sexenio fue de tal envergadura que, como el autor comenta, «todas y cada una de esas opciones ideológicas pasaron por la emigración: monárquicos absolutistas o carlistas, monárquicos constitucionales tanto moderados como progresistas y unionistas, monárquicos demócratas, republicanos unitarios, republicanos federales, cantonalistas e internacionalistas». Buen conocedor de las fuentes archivísticas, a veces afloran en el texto para avalar un trabajo de tanta envergadura: «Por los informes de los cónsules en Ángel y Orán, podemos reconstruir paso a paso el éxodo que siguió al fracaso del levantamiento federal de 1869 en la región de Murcia, encabezado por su líder republicano Antón Gálvez...». Hay que agradecer al autor la información poco conocida sobre la emigración carlista al norte de África, a la Argelia francesa fundamentalmente, y los contactos que se entablaron entre estos emigrados contrarrevolucionarios y los emigrados federales de cara a una acción conjunta. El sistema duradero pero corrupto de la Restauración ejerció una fuerte represión de cualquier tipo de disidencia: desde los carlistas a los republicanos y regionalistas. Uno de los exiliados más combativo con el régimen de Cánovas fue Manuel Ruiz Zorrilla, un ejemplo de cómo se desarrollaba en París la actividad conspiratoria contra la inaugurada Monarquía alfoncina. Sin embargo, la represión de los anarcosindicalistas fue especialmente contundente lo que configuró un numeroso exilio libertario, sobre todo en Argelia: más de 100.000 inmigrados en 1900.

La emigración de la guerra civil de 1936-1939 es atendida en los tres últimos capítulos de este libro, una exposición que, a diferencia de la escasa o discontinua bibliografía sobre la emigraciones políticas anteriores a 1936, se apoya en una ingente literatura sobre la España del exilio, de la que es capaz de extraer lo esencial para exponer las diversas emigraciones a los muchos países de acogida, el papel relevante que muchos intelectuales tuvieron en las universidades donde desempeñaron la docencia y la investigación que la dictadura de Franco, el sistema más intolerante de todos los explicados en esta monografía, no les permitió ejercer en el territorio español, que se convirtió en un verdadero páramo intelectual durante muchos años.

El trabajo comprende, finalmente, una importante bibliografía básica (¡ochenta páginas!) en la que los investigadores de la historia contemporánea pueden sumergirse con éxito, gracias a la relación de repertorios documentales, libros y folletos coetáneos de cada período, obras generales y monografías diversas. Útil

es, en suma, el índice onomástico con el que culmina este libro que es, sin duda, un acierto editorial.

M.^a Encarna Nicolás Marín
Universidad de Murcia

GIRÓN MIRANDA, Pablo: *La guerra de Cuba en la prensa británica (1895-1898)*. Oviedo, Silverio Cañada, 2005, 278 pp.

La opinión pública constituye uno de los aspectos más importantes para el estudio de las sociedades contemporáneas, de tal manera que su formación, los instrumentos de los que se sirve o su capacidad de influencia, merecen que los profesionales de la investigación histórica le presten la debida atención.

Sobre esta base, Pablo Girón nos ofrece una nueva visión del conflicto que llevó a España a perder sus últimas colonias ultramarinas a través del análisis de la información y las opiniones que transmitieron a sus lectores los principales medios de comunicación británicos desde el inicio de la insurrección cubana hasta la firma del tratado de París. La influencia de los medios de comunicación, tanto españoles como norteamericanos, en el estallido del conflicto es un elemento bien conocido a través de estudios anteriores, sin embargo, resultaba necesaria una obra que analizase la situación en otros países. El caso británico, resulta de capital interés por tratarse de la gran potencia imperial de la época y de un país donde la prensa había alcanzado el suficiente nivel de desarrollo para orientar a la opinión pública en un determinado sentido. La fuerza de los medios de comunicación creció además en esta etapa con la aparición del llamado *nuevo periodismo* y de la *prensa de masas*.

La política exterior británica estuvo condicionada por la acción de unos medios de comunicación cada vez más influyentes, de tal manera que uno de los aspectos de mayor interés de la obra está en mostrar cuáles fueron las posturas defendidas por cada uno de ellos. El autor indica la existencia de tres líneas durante la primera etapa del conflicto, —cuando éste se limitó a una guerra colonial— fundamentadas en la propia posición ideológica de los medios y en sus respectivas fuentes de información: la conservadora neutral o benevolente hacia España se basa en los informes oficiales del gobierno español; la liberal, más imparcial, utiliza informaciones de la prensa norteamericana, por último, la prensa sensacionalista, encabezada por *The Daily Mail* —a pesar de su carácter conservador— no solo adoptó las técnicas periodísticas de la prensa sensacionalista neoyorquina, sino también su mismo mensaje antiespañol y proindependentista.

La prensa liberal y la sensacionalista se sirvieron de la represión contra los independentistas para generar en la opinión pública británica una corriente de simpatía hacía ellos basada en hechos reales o en la manipulación de éstos y preparó el terreno hacia el cambio de política seguido por el gobierno británico cuando la intervención norteamericana hizo del conflicto una guerra internacional.

La elección de McKinley como presidente de los Estados Unidos supuso un giro en la política norteamericana que pasó a estar dominada por los partidarios

de la intervención en Cuba. Gran Bretaña, por su parte, superó sus anteriores conflictos diplomáticos con Estados Unidos y comenzó a considerar la posibilidad del establecimiento de una alianza con una potencia emergente con la que compartía elementos culturales e intereses estratégicos y que podía ser una alternativa a las potencias europeas, a las que habitualmente se veía enfrentada en función del reparto colonial. El cambio de postura fue especialmente significativo dentro de la prensa conservadora que se sumó a los ataques contra una España que ya no luchaba contra unos rebeldes enfrentados al poder colonial, sino contra un país al que en esta época se empezó a considerar hermano y complemento indispensable para el establecimiento de un dominio anglosajón a nivel mundial.

Juan Antonio Cano García
Universidad de Valladolid

FOX, Soledad: *Constancia de la Mora in War and Exile. International Voice for the Spanish Republic*, Brighton-Portland-Londres, Sussex Academic Press-Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies, 2007, 219 pp. (Edición española revisada y ampliada: Sevilla, Editorial Renacimiento, 2008).

En estos años de aniversario de la proclamación de la Segunda República y del comienzo de la Guerra Civil se están recuperando figuras de ambos bandos que, especialmente en el caso republicano, habían estado en el olvido o habían sido tergiversadas. Éste es el caso de Constancia de la Mora (1906-1950), nieta de Antonio Maura, que se convirtió durante la guerra en la responsable de la oficina de prensa republicana y, ya en el exilio, en una de las mayores propagandistas de la causa republicana a través de un libro, *In Place of Splendor —Doble Esplendor* en su versión en castellano (México, 1944)—, cuya primera edición en España no vio la luz hasta 1977 (véase pp. 205-206).

Soledad Fox, catedrática de Literatura Española y Comparada en Williams College (Massachusetts), nos presenta una completa biografía —muy anglosajona por su carácter sintético y su estilo ameno— de Constancia de la Mora, que ha sido también objeto de atención recientemente en España en un libro que analiza la vida de Constancia y de su hermana Marichu (Inmaculada de la FUENTE, *La Roja y la Falangista: dos hermanas en la España del 36*, Barcelona, Planeta, 2006). Esta última obra recopila la bastante escasa documentación española sobre la hermana que nos ocupa, dispersa por diversos archivos (un expediente sobre *Doble Esplendor* conservado en el AGA; documentación del archivo del PCE; las pocas cartas de Constancia conservadas en la Fundación Antonio Maura; y la correspondencia con Zenobia Camprubí, la mujer de Juan Ramón Jiménez (Archivo Histórico Nacional); y utiliza brevemente las memorias inéditas de Mary O'Brien (*Adiós Connie*, 1976). Pero Soledad Fox ha utilizado también otras fuentes conservadas en España, como la documentación sobre el divorcio de Constancia de

su primer marido, Luis Bolín (Archivo General de la Guerra Civil) y, sobre todo, una muy interesante, importante y numerosa documentación de y sobre Constanca conservada en diferentes archivos norteamericanos, como la documentación de los corresponsales Louis Fischer y Jay Allen, de Paul P. Rogers, profesor de universidad y comunista norteamericano, de Eleanor Roosevelt, la esposa del entonces presidente norteamericano, del fotógrafo John Codax, o del FBI; y material de archivos extranjeros —para la autora y para nosotros—, como el manuscrito inédito de Kate Mangan y Jan Kurzke, *The Good Comrade*, conservado en el Instituto Internacional de Historia Social, o los archivos de la Internacional Comunista, en particular —dado que no hay ningún expediente sobre *Connie*— los referidos a Ignacio Hidalgo de Cisneros —segundo marido de Constanca—, y a la hija de ésta, *Luli*; además de haber realizado numerosas entrevistas a personas que conocieron a Constanca en Estados Unidos y a familiares de éstos.

El libro de la profesora Fox analiza toda la vida de Constanca de la Mora desde su origen familiar y su educación, su matrimonio con Germán Manuel y Bolín y la separación de éste; pasando por su relación con Hidalgo de Cisneros y su trabajo con Zenobia Camprubí, hasta el papel de Constanca y su vida durante la guerra, pero es especialmente importante en cuanto a los años del exilio, tanto en Estados Unidos como en México, y al análisis de la gestación de *In Place of Splendor* y de las contradicciones existentes en él, tratados de forma muy breve en la otra obra existente sobre Constanca. Así, el capítulo tercero analiza su llegada a Nueva York y la elaboración de su biografía, el cuarto estudia su trabajo en pro de los refugiados españoles en Estados Unidos, su relación con Eleanor Roosevelt, su viaje a México y su encuentro con Ignacio; mientras el quinto refleja la última etapa de la vida de Constanca de la Mora en su exilio mexicano, donde siguió colaborando con el PCE y con la URSS, a través de su trabajo para la embajada soviética de México hasta 1945, su vida con Ignacio hasta su completa ruptura, y su particular y poco clara relación con Rodolfo Ayala, con quien compartió sus últimos años de vida en una casa construida por éste en Cuernavaca, que convirtieron en un hotel.

No se evitan en ningún momento los temas controvertidos: su complicada relación con Indalecio Prieto, que la llegó a echar temporalmente de la oficina de prensa (pp. 60 y ss.); la desaparición y ejecución de José Robles, profesor de literatura en la John Hopkins University (pp. 68 y ss.); su complejo papel en la oficina de prensa republicana como una de las mayores ayudas que tenían los corresponsales extranjeros, pero también como censora y propagandista (pp. 57 y ss.); el debate sobre si ayudó o no a sus colaboradores a salir de España tras la caída de Barcelona (pp. 79 y ss.); o lo que podíamos llamar contradicciones de una «aristócrata republicana»: su disgusto por el matrimonio de *Luli* con quien le parecía solo un «pobre vaquero»; o que continuara recibiendo dinero de su familia en España durante su exilio (pp. 146 y ss., la cita en p. 146).

Aunque Constanca no lo dice (Constanca DE LA MORA, *Doble Esplendor*, Madrid, Gadir, 2004, p. 536), la documentación soviética utilizada por la autora le permite afirmar que fue Juan Negrín el que le encargó viajar a Estados Unidos para hacer un último esfuerzo por conseguir que los Estados Unidos enviasen más alimentos y rompiesen el embargo enviando armas a la España republicana (p. 82).

El objetivo cambió con la derrota: se trataba de desacreditar cualquier idea de legitimidad de la «victoria» de Franco y, sobre todo, lograr ayuda para los refugiados españoles. Pronto Constanca estuvo muy bien conectada en Estados Unidos a través de periodistas e intelectuales que había conocido en España. De especial interés es el análisis de su relación con Eleanor Roosevelt, con la que mantuvo una abundante correspondencia —un capítulo desconocido de la vida de Constanca y que revela también mucho sobre la política estadounidense hacia los refugiados españoles. Pero la evolución política internacional acabó con esta relación: las divisiones provocadas por el pacto germano-soviético en el comité de ayuda a los refugiados republicanos de Estados Unidos la distanciaron de antiguos amigos y colaboradores como Jay Allen o Ernest Hemingway, que dejaron de apoyarla; y para Eleanor Roosevelt, Constanca dejó de ser la «aristócrata demócrata y republicana» y pasó a ser «la comunista», como dejan entrever las últimas cartas que le escribió. Cuando Hidalgo de Cisneros y ella intentaron ir a Estados Unidos en 1940, ya estaba fichada como «comunista» y se les negó el visado (p. 127).

Aunque se puede hablar de partidismo en la «obra de Constanca», no parece que éste esté marcado principalmente, como plantea Jorge Semprún en el prólogo a la última edición española de ésta, «por una visión errónea del papel de la Unión Soviética en nuestra Guerra Civil: visión acrítica, de propaganda y propagación de la fe comunista» (*Doble Esplendor*, Madrid, Gadir, 2004, p. vii). Como dice Soledad Fox, «apenas nadie en *In Place of Splendor*, ni siquiera los Soviets, son descritos como comunistas» (p. 101). Y es que el objetivo no era, como parece desprenderse de las palabras de Semprún, defender el comunismo y la actuación de la URSS en España, sino lograr la simpatía del público norteamericano por la causa de la República: «quiere que su audiencia concluya que la ayuda soviética no significa intervención comunista» (p. 37) y esto se refleja en toda la obra. La gran importancia que dio Constanca a su origen social, niñez y adolescencia en su libro, como «aristócrata» convertida en republicana, también buscaba impresionar a sus lectores norteamericanos (pp. 6-7), aunque su compromiso republicano «no fue tan claro y sin ambages como ella dice en sus memorias» (p. 16), y estuvo muy influido por su relación con Hidalgo de Cisneros (p. 30). Aunque es fácil «leer entre líneas», «en 1939 el lector medio norteamericano de *In Place of Splendor* podía haber aceptado fácilmente el autorretrato de Constanca como una republicana liberal y antifascista sin sospechar que era comunista» (p. 41).

La autora del libro defiende que *In Place of Splendor* fue una idea de Jay Allen para conseguir el máximo número de simpatizantes posibles hacia la causa republicana. El análisis del «periplo» estadounidense de Constanca le hace rechazar la hipótesis de Vittorio Vidali — autor de la introducción a la edición en italiano de *In Place of Splendor* en 1976— de que recibió ayuda de diferentes amigos estadounidenses (pp. 90-91). Se establece —con bastante contundencia— que, como ya nos había indicado en la introducción, el papel de Constanca en la escritura del libro «fue bastante limitado» (p. 3); y se defiende que el libro fue escrito por la entonces popular periodista y escritora norteamericana Ruth McKenney, autora de un best seller publicado en 1938 por la misma editorial (Harcourt Brace, and Co.)

que publicaría el libro de Constancia (p. 91). Esta idea de que *In Place of Splendor* no fue obra de Constancia no se encuentra en estudios sobre ella o en reseñas de la obra (véase, por ejemplo, la reseña de Esperanza Illán, «Escribir para entenderse», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2005, vol. 27, pp. 309-313; o la afirmación de la autoría de Constancia en *La Roja y la Falangista...*, pp. 11 o 425, que plantea que McKenney «unificó el estilo» (p. 31).

Soledad Fox apoya su tesis en una abundante documentación que incluye correspondencia de la misma Constancia conservada en Estados Unidos y documentación de Ruth McKenney; y en consideraciones literarias y lingüísticas importantes: el hecho de que en su correspondencia con Jay Allen, Constancia le pida en varias ocasiones ayuda para escribir cartas «importantes», reconociendo sus limitaciones para escribir en inglés, o el mismo lenguaje y estilo del libro (en contraposición con el inglés de las cartas conservadas de Constancia): Constancia no era nativa, no era escritora, el libro se escribió rápidamente (había llegado a Estados Unidos en febrero y el libro estaba acabado en julio de 1939, verano que *Connie* pasó casi por completo en casa de McKenney); y es «una narrativa bellamente construida en inglés», «clara, atractiva y con un buen ritmo» (p. 90), y con un estilo claramente neoyorkino en las expresiones populares o en las referencias a eventos de esta ciudad de escasa significación nacional, que es difícil que Constancia aprendiera durante sus estudios en Inglaterra o del simple contacto con sus amigos norteamericanos. Esta tesis es reafirmada por el análisis que se hace de los problemas que tuvo para hacer los comentarios a las fotos de John Codax para el libro *Mexico is theirs*, que, aunque acabado con la ayuda de numerosos amigos, nunca vería la luz: su primer libro había sido una «casualidad», «con la ayuda de un tema interesante y de Ruth», llegaría a escribir Constancia en agosto de 1940 al fotógrafo (p. 139). El libro es, por tanto, un «complejo producto del periodo político» (p. 94), al que «Constancia brindó su propia historia para llegar al público norteamericano, lo que la hace una defensora excepcional de la República» (p. 95).

La particular vida de Constancia como «aristócrata comunista» queda bien reflejada en el relato de su último mes de vida través de las memorias de Mary O'Brien, que financiaba el viaje por Guatemala en el que *Connie* murió en un accidente de coche el 27 de enero de 1950. Completamente ajena a la militancia política de su acompañante, O'Brien sólo fue capaz de darse cuenta de que se veía con personas que apenas le presentaba, mientras el FBI sospechó que Constancia estaba realizando en el viaje actividades políticas. Esta «doble vida» de Constancia quedó clara también en los obituarios publicados: «La Señorita de la Mora ha muerto en Guatemala», escribió el *New York Times*; sin ninguna referencia a su filiación política; «Ha muerto la camarada Constancia de la Mora», lo tituló *Mundo Obrero* (p. 168), confirmando nuevamente la idea planteada por José Álvarez Junco en el prólogo a la obra que se reseña de que Constancia de la Mora es una de las mujeres que ilustra como pocas «los conflictos y paradojas que plagaban la sociedad de su tiempo» (p. viii).

EGIDO LEÓN, Ángeles: *Espanoles en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2005, 146 pp.

La conmemoración de los sesenta años del final de la Segunda Guerra Mundial fue oficiada, en muchos países europeos, con actos plagados de mensajes recordatorios del pueblo heroico, de los beneficios de la paz y de la necesidad de dirimir las diferencias sin el recurso a la destrucción. España, ajena a los enfrentamientos directos de dicho conflicto, apenas ha participado de estos eventos conmemorativos más allá de algunas menciones de las fechas y batallas relevantes en los medios de comunicación. Pero una cosa fue la actitud de la España de la época, la de Franco, y otra el posicionamiento de los españoles. Y esta es la cuestión que Ángeles Egido aborda de forma magistral en esta síntesis de 146 páginas.

La reflexión sobre el pasado en España no es nueva. Desde hace años se habla y escribe sobre nuestra historia reciente, sobre la memoria de lo ocurrido, las imágenes y las percepciones, las voces de los testigos, el olvido o la desmemoria. Incluso hay minorías que niegan los acontecimientos del pasado o intentan cambiarlos, a pesar de las evidencias materiales que ofrecen los archivos y los testigos. Está claro que sobre el exilio y la España intolerante de Franco se han escrito muchos textos sobre grupos concretos de exiliados y sus destinos. Y vinculado a ellos, figura la producción historiográfica sobre los españoles en la Europa de 1939 a 1945, nómina más reducida y menos conocida que la del exilio en su conjunto.

Espanoles en la Segunda Guerra Mundial aporta a la historiografía una obra muy completa, organizada y rigurosa. Basada en la investigación más sobresaliente realizada sobre esta materia, ofrece un compendio de las distintas situaciones que los españoles vivieron en sus destinos de Francia, África o la URSS. Asimismo, proporciona un conocimiento exhaustivo de la bibliografía publicada en torno a esta temática.

El planteamiento del monográfico es el de un gran mapa de la presencia de los españoles en el escenario europeo de la Guerra Mundial, en el que están dibujados todos los matices de la misma, incluida la retaguardia y la clandestinidad. Con esta disposición, reúne todas las condiciones para la socialización necesaria de un tema escasamente conocido hasta hace algunos años, y aún hoy día, no figura entre los más analizados ni difundidos. Veamos con algún detalle su configuración.

El libro parte de las primeras evacuaciones efectuadas en la campaña de Guipúzcoa y recorre las distintas fases de la Guerra Civil y de la llamada «liberación de los territorios» que provocaron la huida de miles de personas ante la amenaza de la llegada de las tropas «nacionales». Los miles de españoles distribuidos por toda Europa, residentes forzados en las distintas ciudades del Viejo Continente en su condición de opositores políticos al régimen instaurado definitivamente en abril de 1939, se vieron envueltos en un nuevo conflicto en el que se volvía a discutir violentamente sobre la implantación del fascismo o de la democracia. Acogidos con cierta prevención y frialdad en Francia, A. Egido narra e interpreta los motivos de la recepción poco cálida de estos huidos. El desconcierto inicial ante semejante avalancha de seres humanos, las incógnitas en cuanto a sus intenciones y el tiempo

que habrían de estar en su territorio, unido al estallido de la Guerra Mundial en septiembre de 1939, figuran entre las razones que explican dicha recepción.

Ante el nuevo conflicto europeo, la autora señala varias actuaciones en las que los españoles se vieron comprometidos: en primer lugar, su presencia en las Compañías de Trabajadores Extranjeros (CTE), es decir, mano de obra a bajo precio que contribuyó a la construcción de infraestructuras defensivas. En segundo lugar, el enrolamiento en la Legión Extranjera o los Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros (RMVE) de soldados que lucharon en la primera línea de combate, como la línea Maginot o Dunkerke. Incluso, añade una tercera actuación, el encuadramiento en los llamados Grupos de Trabajadores Extranjeros (GTE) de la Francia de Vichy, formados por los miembros de las anteriores CTE. De la lectura de estas páginas, podemos deducir que las condiciones de vida, tanto de los trabajadores de la retaguardia como de los voluntarios que fueron como soldados al frente, fueron extremadamente duras, y no suficientemente recompensadas ni con salarios dignos ni con reconocimiento público.

En África se centraron importantes operaciones militares que condujeron al éxito de los aliados. Muchos miles de españoles tuvieron como destino el norte de este continente, tal vez el peor de los destinos de la Guerra, por las condiciones físicas y materiales en que se desenvuelve la vida en esta región. Como subraya A. Egido, en esta región se reprodujo el enfrentamiento entre españoles: los que luchaban a las órdenes de De Gaulle y los que habían quedado bajo el régimen de Petain («al servicio de dos Francias», en expresión de la página 64). Allí participaron en la edificación de servicios básicos en un entorno sumamente adverso, amenazados con el encierro en los campos de concentración inhumanos construidos en distintos puntos de Marruecos y Argelia.

El otro escenario bélico, caracterizado por el horror más terrible y la pérdida de millones de seres humanos, fue la URSS. La presencia de los españoles en la Rusia de Stalin, por tanto, es abordada por la autora con la intención de dejar constancia de la participación en la batalla de Moscú o Leningrado de ese colectivo de intelectuales, dirigentes y militares pertenecientes al PCE, que habían sido destinados a la patria del socialismo. Junto a ellos, los españoles del bando «nacional», los miembros de la División Azul, que, desde otra perspectiva, también se vieron implicados en la Guerra Mundial.

Otros apartados de la obra hacen referencia a la clandestinidad, la resistencia y la colaboración con las redes de evasión, núcleos que también contaron con una representación muy nutrida de españoles. En estos escenarios aportaron toda la experiencia aprehendida en la Guerra Civil y toda la valentía que pudieron. Su objetivo, en no pocos casos, era el de contribuir al fracaso de los fascismos, en una lógica utópica que les conducía a estar convencidos de que el peculiar caso español sería igualmente vencido.

Los últimos episodios de la Guerra Mundial llevan escritos nombres de españoles. En las últimas páginas del texto podemos comprobar la forma en que las divisiones de soldados españoles participaron activamente en la expulsión y detención de alemanes, así como en la liberación de París y de distintas ciudades francesas. A ellos habría que añadir la aportación de los guerrilleros, encuadrados

en las fuerzas de resistencia que apoyaron la lucha por la liberación, cubriendo a los ejércitos aliados en las zonas que dominaban.

El libro de Ángeles Egido es un recopilatorio de esta epopeya. Es la historia sintetizada y rigurosa de una vertiente poco conocida de los españoles en una etapa crucial de la historia de Europa. Sitúa, en el lugar adecuado, a miles de hombres y mujeres dispuestos a continuar la batalla a favor de la libertad. Es, en fin, un homenaje a los que combatieron por la Europa que queremos, que lo convierte en una obra de referencia ineludible.

Matilde Eiroa San Francisco

VILANOVA, Mercedes: *Atlas electoral de la Segona República a Catalunya*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 2005-2006, 2 vols., 157 y 159 pp.

«Ninguna autonomía española, ni ningún otro país europeo, dispone en estos momentos de un estudio de una minuciosidad y efectividad semejante» (vol. 1, p.13). Estas palabras, escritas por la consejera de Cultura de la *Generalitat* en la presentación de la obra, serían la aproximación más exacta que podría decirse de la misma: un estudio riguroso y muy pormenorizado del panorama político catalán durante la II República.

En su elaboración, en palabras de la autora, han intervenido el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Barcelona, con el apoyo de la Escuela de Ingenieros para el trabajo estadístico inicial (y clave para el enfoque de la obra y su desarrollo), al igual que el Departamento de Geografía de la misma Universidad. Como se desprende de la introducción, el proceso de elaboración ha sido largo, de años, hasta reunir todas las variables necesarias para la conclusión del trabajo.

El estudio de las fuentes ha sido exhaustivo: se ha analizado una muestra de 25.000 electores, cotejando fuentes como los resultados oficiales de la Junta del Censo Electoral, actas manuscritas del mismo cuando no fueron publicadas, actas municipales, que luego se comprobaban con padrones de habitantes, fuentes de empresa y Padrón de Cédulas Personales, así como con numerosas entrevistas orales (no en vano Mercedes Vilanova es la fundadora de la revista *Historia y Fuente Oral*). El resultado es una obra de carácter interdisciplinar, muy meticulosa y marcadamente estadística, que apoya con infinidad de datos las conclusiones —algunas conocidas, otras muy novedosas— que aporta. Asimismo destaca su carácter marcadamente visual, en la línea del estudio —ya clásico— de Juan José Linz, *Atlas electoral del País Vasco y Navarra*, publicado en 1981. Su profusión de mapas hace de esta obra un elemento muy visual, fácil de cotejar en sus conclusiones. Un trabajo que hubiese sido imposible de realizar hasta hace pocos años y que abre prometedoras perspectivas.

La obra, presentada en dos volúmenes, analiza en su primer tomo el comportamiento electoral de la Cataluña republicana en su conjunto, mientras que en el segundo volumen se centra en las especificidades de Barcelona Ciudad. Como es

bien sabido, Cataluña tuvo cinco circunscripciones electorales, a saber; Barcelona-Provincia, Tarragona, Girona, Lleida y Barcelona-Ciudad. De ellas, la más importante, sin lugar a dudas, era la última, que suponía más del 60% del censo electoral catalán en 1931 y que enviaba 20 diputados al Parlamento español. De ahí la importancia de su estudio aparte. De hecho, el segundo volumen, con sus 160 páginas y seis capítulos convierte a Barcelona, al día de hoy, en la ciudad sociopolíticamente mejor analizada de Europa en una trayectoria histórica concreta.

El primer tomo (que abarca también someramente las principales conclusiones del segundo, al ser más general) consta de cinco capítulos de diferente extensión, motivado en buena medida por la gran cantidad de gráficos y mapas, que ayudan decisivamente a visualizar el contenido del trabajo. El primer capítulo se titula «Ley electoral, fuentes y estadísticas (pp. 23-33) y en él se dan las pautas —necesarias— para entender el funcionamiento electoral republicano, complejo y que debió adaptarse a circunstancias como la inclusión del voto femenino. Entre sus principales conclusiones destacan el corroborar que, por regla general, las elecciones republicanas fueron unas elecciones limpias, en las que el fraude electoral se dio principalmente en municipios pequeños, entre jornaleros obligados a ir a votar en cuadrilla, por poner un ejemplo. Y los errores en actas fueron también poco importantes.

El capítulo 2, «Las elecciones generales durante la II República» (pp. 35-64), es un análisis pormenorizado de las cinco elecciones generales celebradas en Cataluña durante el quinquenio republicano, incluyendo la autora como tal a las elecciones al Parlamento catalán de noviembre de 1932. No hace sino demostrar de forma pormenorizada y municipio a municipio lo que ya se sabía: la primacía de las opciones de izquierda en todas las elecciones de la República en Cataluña, salvo en casos y momentos concretos. Incluso el triunfo electoral de las derechas en noviembre de 1933 fue por escasos, aunque no en porcentaje de votos, que fue ligeramente mayor para las opciones de izquierdas.

El tercer capítulo, «Evolución de la participación y del voto» (pp. 65-100), corrobora la estabilidad del voto catalán a lo largo de todas las elecciones, tanto territorialmente como sociológicamente. Las provincias más izquierdistas fueron Girona y Tarragona, frente a las algo más centradas de Barcelona-Provincia y Lleida. La circunscripción de Barcelona-Ciudad se escoró más a la izquierda en 1933 y 1936.

El cuarto capítulo, «El comportamiento del electorado catalán» (pp. 101-116), y el quinto, que abarca las conclusiones del primer volumen (pp. 117-157), son, a nuestro juicio, los más interesantes, puesto que las cuestiones que aborda —abstencionismo y sus causas, el voto de la mujer y su supuesto conservadurismo, entre otras— son un definitivo punto de inflexión, cuantificable, en las ideas mantenidas al respecto hasta la fecha. Y es que la autora planteaba en el estudio tres cuestiones principales a resolver, que eran: la estabilidad o no del voto catalán en el tiempo (que Vilanova corrobora en su capítulo 3), la importancia del uso de listas abiertas en la disciplina de voto del electorado y averiguar el origen de la abstención durante la República.

La primera de las cuestiones tiene una consecuencia lógica, que también Vilanova aborda con especial interés y dedicación de páginas: si se demostrara que

el electorado catalán fue pendular, especialmente desde 1933 podría sostenerse la idea (por muchos aún aceptada) de que el voto de la mujer fue determinante en la victoria de la derecha en las generales de noviembre de dicho año. Si, por el contrario, se mantenían unos índices de correlación «normales» entre las opciones más votadas en ambos casos (*Lliga* y *Esquerra*), esta idea sería rechazable, por lo menos en el caso catalán. Mercedes Vilanova, ya a través de entrevistas orales, intuía que esto no había sido así, y que las mujeres, según todos los indicios habían votado y mantenido pautas electorales similares a las de su entorno social. No fue, por tanto, importante la cuestión de género en la orientación del voto, sino más bien otros condicionantes como la clase social o el lugar de residencia. Sí fue importante en relación a la abstención, puesto que, por regla general y en casi todos los territorios, las mujeres participaban unos diez puntos menos que los hombres. Esta participación menor de la mujer tiene muchas lecturas, evidentemente, y entre ellas la presión social del entorno (laboral, por ejemplo), el analfabetismo de muchas con la sensación de inseguridad que eso conllevaba, y la evidente falta de tiempo en muchos casos (obligaciones familiares y laborales). Pero no fue la mujer quien dio la victoria a la derecha, al menos no en Cataluña.

La segunda cuestión de interés en el estudio era el ver la influencia del propio sistema electoral de listas abiertas en las estrategias de voto de los partidos. A este respecto el uso de candidaturas preparadas por los partidos políticos y entregadas a los militantes de confianza para ser repartidas entre sus electores permitió en ocasiones alcanzar el conocido «copo» para la opción política más sobrada de votantes, llevándose también la representación por las minorías. Este hecho, si bien contrario al espíritu de la ley de reservar escaños a las minorías, es un síntoma de lo maduras que estaban las maquinarias de los partidos para obtener el máximo provecho (y diputados) de las posibilidades electorales. Para 1932 también la derecha ya estaba lo suficientemente organizada como para conseguir quedar en segundo lugar —por lo menos— en todas las circunscripciones electorales, incluso para evitar debacles en la segunda vuelta (en donde la opción más débil durante la primera corría el riesgo de quedar sin representación) incluyendo nombres de candidatos «contrarios» en sus papeletas, forzando así el porcentaje necesario para que no se realizara.

La tercera de las preguntas es, posiblemente, la más interesante de todas: ¿cuáles fueron las causas de la abstención electoral catalana durante la República? Y más en concreto: ¿quién o quiénes fueron los promotores de la abstención en Cataluña? Para empezar, hay que recordar que la participación no fue especialmente baja, generalmente: se mantuvo aproximadamente entre el 60 el 70% en cuatro de las cinco legislativas celebradas en Cataluña: las elecciones más enconadas fueron las de febrero de 1936, como en el resto del Estado. Las que registraron la mayor abstención fueron las inmediatamente siguientes (las de compromisarios de 1936), con casi un 56% de abstencionistas. Mercedes Vilanova sabía, por entrevistas orales, que el «abstencionismo libertario», admitido como realidad ya durante la República y posteriormente como premisa de partida en muchos estudios históricos, merecía ser, por lo menos, matizada. Muchos agentes implicados tenían interés en mantener dicha idea, empezando por la misma CNT: de esa manera podía «apro-

piarse» de la abstención y contabilizarla como apoyo político a sus ideales. Esto le convertiría en la «gran fuerza ausente» del sistema electoral. También a *Esquerra* le interesaba esta situación, puesto que, al parecer, era la más beneficiada del «voto oculto» libertario: denunciar la realidad podía suponer la pérdida de decenas de miles de votos. Y a las fuerzas de derecha les servía para calificar a los anarquistas como formación antisistema, y no respetuosos con el sistema democrático.

Al parecer esto no fue así. La fuerza social del anarquismo catalán, y especialmente barcelonés (la «capital mundial» del movimiento libertario en los años republicanos) no se corresponde con los índices de participación, que forzosamente hubiese debido ser menor. Sí se observa, ciertamente, que el electorado de derecha fue mucho más consciente que el de izquierda, de suerte que, cuando la participación electoral fue baja, como en el caso de las generales de 1933, con una abstención del 37%, la derecha obtuvo sus mejores resultados, con 28 diputados frente a 26 de las izquierdas. Como regla general el voto de izquierdas fue menos estable que el de las derechas, y su electorado tendía más a la abstención, principalmente en los núcleos urbanos y más entre las clases obreras que entre los obreros especializados y clases medias: a medida que se ascendía en la escala social se votaba más. Igualmente entre los grupos de edad, los menos participativos en el sistema fueron los electores más jóvenes (hasta los 30 años), así como los más mayores (a partir de los sesenta años, entre los cuales la enfermedad debió de ser un condicionante no desdeñable a la hora de ir a votar). Asimismo, el analfabetismo fue también un elemento importante a la hora de abstenerse: los analfabetos acudían a votar 10 puntos por debajo que los alfabetizados, independientemente de su edad, aunque no de su sexo: las más abstencionistas eran las mujeres analfabetas, un sector poco identificable, en principio, con el imaginario del movimiento libertario militante. Visualmente es muy clarificador el mapa del analfabetismo barcelonés, en el volumen 2 (pp. 48-49), con los mapas de la participación/abstención electoral por elecciones (vol. 2, pp. 106-113) y con los de las opciones políticas más votadas en las diferentes elecciones (vol. 2, pp. 114-133).

En resumen, las zonas de más analfabetismo son de población eminentemente obrera, tienden a votar menos, y lo hacen mayoritariamente a candidaturas de izquierda. La tendencia a la abstención obrera no es sólo en Barcelona, sino que estudios similares para otras ciudades europeas de la época (especialmente francesas, como Lyon y París, entre otras) constatan también la misma tendencia. Por otra parte, hay que recordar que lo normal no era ni el «abstencionismo profundo» ni la participación constante: lo habitual, en las trayectorias electorales que Vilanova ha podido comprobar (L'Escala, San Feliú de Guíxols, Barcelona), era la participación intermitente en las elecciones: no se iba a votar siempre. Los porcentajes de abstencionistas y participantes constantes son en todos los casos inferiores al de participantes intermitentes.

Habría que buscar, por tanto, otra causa o, mejor, otras causas a la abstención en Cataluña: en este sentido la autora ha descubierto cuatro grupos de «abstencionistas profundos»:

- Los marginados, generalmente jornaleros, peones, analfabetos, ancianos, mujeres... en algunos casos estas categorías se superponían en una misma

persona: gente para la que ir a votar no significaba esperanza alguna de cambio en su situación personal.

- Los poco activos socialmente: personas poco relacionadas con su entorno, y escasamente sociables también a otros niveles, y que la autora define como los «no recordados», que no dejaron huella alguna en sus semejantes.
- Abstencionistas «de grupo», colectivos poco determinados que se localizan en torno a algunas calles, empresas o talleres, y que quizá por influencia de algún líder local deciden no ir a votar.
- Abstencionistas «ideológicos», ya definitivamente libertarios, o bien líderes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM).

Otras causas de absentismo electoral, principalmente en las zonas rurales, están relacionadas con la altitud del municipio (generalmente más montañoso y mal comunicado internamente), con la extensión del mismo, o con la presión caciquil (tanto en el campo como en la ciudad, puesto que la abstención favorecía a la derecha, y en determinados talleres «estaba bien visto» no votar). Como puede comprobarse, causas todas ellas mucho más complejas que las simples consignas electorales libertarias.

A nivel técnico, la obra presenta una atractiva imagen, con una encuadernación bien cuidada y con una gran presencia de elementos visuales (tanto gráficos como mapas), y con unos apéndices muy completos. La complejidad y exhaustividad del estudio hace que puedan realizarse algunas puntualizaciones de poca importancia, como ciertas diferencias de edición, entre el primer volumen y el segundo, caso de los textos en castellano y catalán (la obra es bilingüe), que en el primer volumen se alternan en la misma página —a distinto color de tinta— mientras que en el segundo tomo lo hacen reservándose páginas pares e impares —con el mismo color de letra—, salvo en los comentarios de los mapas. De igual manera se constata alguna omisión menor, como la ausencia de Maçanet de Cabrenys entre la relación de los municipios de Girona (vol. 1, p. 145). Son pequeños apuntes destinados a mejorar futuras ediciones, que sin duda tendrá esta obra, puesto que ya se ha convertido en un referente necesario, y camino a seguir, de los estudios electorales que puedan hacerse en el futuro tanto de la República como de otros periodos históricos en el resto del Estado.

José María Tápiiz

NÚÑEZ GARCÍA, V. M.: *Huelva en las Cortes. Élite y poder político durante la década moderada (1843-1854)*, Huelva, Universidad de Huelva, 2007, 304 pp.

La presente obra de Víctor Núñez viene a arrojar luz a una época, las décadas centrales del siglo XIX, en la que los estudios sobre las elites políticas no han sido abundantes hasta ahora. Núñez se sitúa en la década moderada (1843-1854) y en la provincia de Huelva para analizar a la élite política onubense, entendiéndola ésta

como el conjunto de los diecinueve Diputados a Cortes y Senadores que ostentaron la representatividad de la provincia. El trabajo es la tesina del autor y forma parte de un proyecto, mucho más amplio, dirigido por María Antonia Peña Guerrero, que está encaminado al estudio de la caracterización de las élites políticas onubenses entre 1833 y 1868.

El autor plantea claramente los objetivos que quiere lograr con la consecución de este estudio. En primer lugar el modo de acceso de la élite al poder político, tomando como base el análisis de los procesos electorales y prestando especial atención en los posibles mecanismos de fraude o el establecimiento de las primeras redes clientelares en favor de un candidato. Por otra parte, el estudio de la élite en sí misma a través de la realización de las biografías políticas de los miembros de la élite, como objeto de interés de por sí, y como paso previo a un análisis prosopográfico del que se extraigan los principales rasgos comunes de esta élite política onubense para ver a qué perfil responde. Por último, Núñez se plantea examinar el papel de los personajes biografiados en las instituciones representativas para observar si se trata de una élite activa o pasiva dentro de la vida parlamentaria y si su actividad estaba centrada en trabajar en pro de la provincia por la que habían resultado elegidos.

Para desarrollar todos estos objetivos, Víctor Núñez ha utilizado un repertorio de fuentes múltiples y dispersas. La ausencia de repertorios biográficos contemporáneos a los personajes, de fuentes hemerográficas locales y de documentación privada acompañada de la parquedad de los archivos locales y provinciales onubenses, ha hecho que el autor haya tenido que consultar otros archivos regionales andaluces y numerosos archivos de índole nacional de todo tipo, lo que nos deja bien a las claras el rigor científico con que este libro ha sido confeccionado.

La obra sigue un esquema claro y conciso que facilita la lectura y la comprensión del texto, que es coincidente con los objetivos que se planteaba al principio. En primer lugar nos sitúa a Huelva en el contexto histórico de la primera mitad del siglo XIX. Seguidamente pasa a analizar los diferentes aspectos concernientes a la élite política onubense, esto es, las convocatorias electorales en las que fueron elegidos, su perfil biográfico, el análisis prosopográfico del conjunto de la élite y la práctica política en las instituciones parlamentarias.

En el capítulo dedicado al análisis de los procesos electorales el autor destaca dos fases diferentes. Las elecciones de 1843 y 1844, celebradas bajo el signo de la ley electoral de carácter progresista de 1837, fueron comicios en los que el censo electoral era más amplio. En las primeras dominaron los candidatos del partido progresista siguiendo la inercia del período inmediatamente anterior, pero en las segundas salieron victoriosos los moderados, triunfo concordante con el cambio político que estaba ocurriendo en España en aquellos momentos.

El cambio produjo a partir de las elecciones de 1846 debido a la introducción de la legislación electoral sancionada ese mismo año. El censo electoral fue mucho más restringido que en el período anterior, la participación fue menor, y se empezaron a producir casos de falseamiento electoral y de clientelismo político. La victoria desde ese año 1846 corrió a cargo siempre de los candidatos moderados, muchos de ellos nombrados desde la dirección del Partido Moderado en Madrid.

El capítulo tercero está dedicado a los perfiles biográficos de los diecinueve personajes que constituyeron la élite política onubense en la década moderada, paso previo necesario para realizar posteriormente el análisis prosopográfico. El autor ha elaborado una ficha biográfica para tal efecto que recoge los principales aspectos de la trayectoria vital del personaje, centrándose, eso sí, en su actividad política. La ficha se compone de los siguientes campos: Datos personales, Formación académica y profesional, Actividad profesional, Rentas y perfiles inversores, Formas de sociabilidad, Cargos públicos desempeñados y militancia política, Cargos parlamentarios, y Publicaciones.

Una vez realizadas las biografías de los miembros de la élite política onubense, Víctor Núñez dedica el siguiente capítulo al análisis prosopográfico con el objetivo de trazar el perfil sociológico de la misma para, posteriormente, extraer las características principales que conformen el retrato-tipo del representante onubense a Cortes. Las principales conclusiones a las que llega el autor tras el análisis es que los miembros de esta élite eran oriundos de la provincia de Huelva o tenían algún de tipo de relación con la provincia. Nacieron por lo general en las décadas iniciales del siglo XIX, si bien la edad a la hora de acceder por primera vez al cargo se situó en la cuarentena. Se trataba de una élite formada académicamente en las aulas universitarias, preferentemente en las carreras de Filosofía y Derecho. Su dedicación profesional se centró mayoritariamente en la abogacía o en la carrera judicial. Se trataba de individuos con un patrimonio y un poder económico alto para aquella época. Su actividad inversora no pasaba de la acumulación de tierras e inmuebles, es decir, se trataba de una élite terrateniente y agraria. Su adscripción política fue mayoritariamente el moderantismo, y su llegada al Parlamento suponía la culminación de una carrera funcionarial previa.

En cuanto a la intervención institucional de la élite política onubense en la década moderada, el autor distingue dos fases. La primera la ocupan los representantes progresistas elegidos tras las elecciones de 1843, individuos algo más activos, que centraron sus intervenciones parlamentarias en el desarrollo del comercio e infraestructuras de la provincia. La elección de diputados y senadores moderados como representantes de Huelva en las Cortes abrió una nueva fase. Los moderados se demostraron totalmente inactivos, individuos que no mostraron ningún tipo de interés por la vida parlamentaria.

En definitiva, nos encontramos ante una obra que, aparte de que trata de llenar un vacío historiográfico debido a su temática y a su marco espacial y temporal, es un magnífico ejemplo de estudio de las élites políticas y de utilización del análisis prosopográfico.

Jon Penche González
Universidad del País Vasco